

LA LÓGICA DE LA CIENCIA Y DE LA BRUJERÍA AFRICANAS

Max Gluckman

El libro de Evans-Pritchard, *Brujería, oráculos y magia entre los azande* es una de las contribuciones más importantes al entendimiento de los problemas africanos. A pesar de que las investigaciones en que se basa se realizaron en Sudán, la argumentación general es aplicable a todas las tribus africanas que creen en la brujería, en los oráculos o la adivinación, y en la magia. El autor describe con claridad el funcionamiento de la brujería y de la magia en un libro que resulta fascinante para el especialista y, además, está escrito con tanta sencillez y vivacidad, que el lector profano que lo empiece no podrá dejarlo hasta haber seguido la argumentación hasta la conclusión. Es una obra que debería leer todo aquel que desee entender el comportamiento de los africanos y, como veremos, de nosotros, en los casos en que no actuamos a partir de bases científicas válidas. Como el libro nos explica no sólo las costumbres de los azande sudaneses, sino también las bases de amplios campos del comportamiento humano, voy a exponer aquí sus enseñanzas generales y, después, aludiré a las diferencias entre los azande y nuestros pueblos. Sin embargo, como Evans-Pritchard no estudia con detalle otros aspectos del comportamiento de los azande que los que califica de místicos, empezaré por referirme a estos últimos.

El título de este artículo formula la siguiente pregunta: ¿Existe una diferencia entre la lógica africana y la europea, y, en ese caso, se debe a diferencias físicas o a diferencias psicológicas, relacionadas con las condiciones sociales distintas en que viven africanos y europeos? Sin necesidad de examinar los argumentos a favor y en contra, podemos decir que existe consenso en la opinión científica con respecto a que no hay pruebas de que existan grandes diferencias entre los cerebros de las distintas razas. En caso de que existan, son del todo insuficientes para explicar las grandes diferencias entre culturas y modos de pensamiento, y, sobre todo, no pueden explicar los rápidos avances culturales que ciertos países realizaron en poco tiempo. Es decir, si tenemos que explicar Londres y un pueblo africano, no podemos hacerlo mediante diferencias corporales entre londinenses y africanos: hemos de investigar su historia y sus luchas, especialmente sus contactos con otros pueblos, y otros factores sociales¹. Ya que si un londinense criara a un africano desde su nacimiento, éste último sería un londinense. Sabemos que los niños europeos que naufragaron sólo se distinguían de los africanos que los adoptaron por su color.

Así, pues, si la mentalidad del africano difiere de la del europeo, se debe a que se ha criado en una sociedad diferente, en la que, desde el nacimiento, sus ideas y comportamiento se

han ido moldeando de acuerdo con los de sus padres y compatriotas. Si hereda una “mente”, la hereda en el sentido social, no en el físico.

La mayoría de los europeos están en desventaja a la hora de juzgar la inteligencia de los africanos, porque los tratan en su calidad de empleados que trabajan en campos que no les son familiares. Los sociólogos tienen la suerte de tener que actuar y conversar con los africanos en su propio idioma y desde el punto de vista de sus propias ideas, y la mayoría de aquéllos descubren que, una vez que han asimilado el idioma de éstos, resultan ser colaboradores inteligentes y lógicos. También están bien informados, pues todos los africanos tienen muchos conocimientos sobre su propio derecho, política, historia, arte, medicina, con lo que a menudo la conversación con ellos adquiere un cariz general y filosófico.

En primer lugar, el africano tiene un conocimiento técnico, preciso y científico. Por ejemplo, los lozi viven en una gran meseta en la región del Zambeze que todos los años queda inundada, y, para mantenerse, necesitan tener en cuenta los terrenos, la vegetación, el momento en que se producirá la inundación y su profundidad, las precipitaciones y la temperatura, a la hora de decidir dónde instalar las huertas y cuándo realizar las plantaciones. Algunas huertas las establecen por encima de las aguas, en otros lugares hacen drenajes. Los expertos del gobierno califican de admirable la agricultura de los lozi, y dicen que no pueden sugerir mejoras, a no ser que primero hagan experimentos. Los lozi disponen de veintidós métodos documentados de pescar con redes, represas, trampas y armas, y, para usarlos, tienen que fundir y trabajar el hierro, hacer cuerdas y cordeles a partir de raíces y cortezas, y conocer los movimientos de los peces con la subida y bajada de la crecida.

Son también juristas agudos y perspicaces. Sus leyes y procedimientos difieren de los nuestros, pero dentro de su sistema razonan con claridad, al distinguir las cuestiones en debate y al aplicar leyes antiguas precisamente a situaciones nuevas. A pesar de ello, un europeo no puede captar la lógica en que se basa el desarrollo de la argumentación y la sentencia en una causa vista por jueces africanos. Ello se debe a que el trasfondo de los procesos africanos es diferente del nuestro. Muchísimos pleitos africanos enfrentan a parientes; en gran parte, la razón de ello es el hecho de que los africanos coloquen las líneas de separación entre parientes y no parientes mucho más lejos que nosotros. Cuando un pariente entabla un pleito contra otro, aunque puede alegar ante el tribunal determinado hecho en el que estribará la causa, puede ser que lo que desee que se investigue sea, no esa disputa particular, sino el comportamiento en conjunto de dicho pariente para con él. Mientras que a nuestros juristas solamente les interesa el hecho o la cosa en torno a la cual gira la querrela, los jueces africanos examinan la legitimidad e ilegitimidad del comportamiento mutuo de los litigantes durante un largo período de tiempo. Leakey dice que cuando un kikuyu toma en prenda un terreno a cambio de un préstamo de ganado, si el depositario trabaja y mejora el terreno, recibe a cambio sólo el ganado que prestó; si se limita a guardar en prenda el terreno sin trabajarlo, y éste queda cubierto de maleza, recibe una cantidad adicional de ganado. Los kikuyu razonan en sentido opuesto al nuestro pero con lógica, que, al mejorar la tierra, el depositario ha obtenido un beneficio de ella, y eso constituye su interés. En consecuencia, no tiene derecho a una compensación por sus mejoras o a un interés por el préstamo que cedió al prendador.

En los debates políticos los africanos dan prueba de ingenio y madurez. Durante esta guerra, los africanos, igual que nosotros, se han visto afectados por el alza de precios, y una vez oí a unos lozi discutir el delicado problema de la fijación del precio del pescado. Veamos algunos de los argumentos económicos que presentaron. Todos distinguían claramente los derechos de los productores de los de los consumidores, al decir que ellos mismos eran ambas cosas, puesto que pescaban y compraban pescado. Uno dijo que las existencias de pescado variaban según el mes y el estado de la crecida, y, cuando el pescado estaba escaso, era inevitable que subieran los precios: entendía lo que nosotros llamamos ley de la oferta y la demanda. Otro argumentó que, si el pescador necesitase dinero con urgencia, aceptaría una cantidad pequeña, mientras que si el comprador fuera a organizar un banquete, pagaría mucho. Un tercero señaló que, al aumentar los precios de los productos vendidos en las tiendas, el precio del pescado tenía por fuerza que subir: comprendía la espiral del aumento de precios. Por otro lado, replicó otro, el pescado es barato y esencial, y los compradores aceptarán una pequeña subida: es decir, el principio de la utilidad marginal. Otro, procedente de un lugar lejano, cerca de Livingstone, dijo que los precios han de variar según las localidades, pues en Mongu el pescado era barato porque el dinero era escaso, mientras que en Sesheke era caro, porque el dinero era abundante. De forma, que se daba cuenta de que el dinero es una mercancía como otros productos, influida por la oferta y la demanda. Algunos señalaron la dificultad de imponer un precio fijo, pues la gente acudía en muchedumbre al “mercado negro”. Algunos dijeron que no se puede permitir que el pescador obtenga beneficios a expensas de la comunidad; otros apoyaban al pescador: éste tenía que fabricar o comprar sus redes y trabajar en frías aguas desde la mañana hasta la noche y, por esa razón, tenía derecho a buen precio. Por último, el presidente de la reunión dijo que debían frenar el alza de precios y que, en su calidad de gobernantes, debían ejercer el poder de impedir las violaciones de la leyⁱⁱ.

He recalcado la inteligencia del africano para las cuestiones tecnológicas y administrativas, dentro de su cultura. En esos terrenos razona de forma muy parecida a como lo hacemos nosotros, si bien dentro de límites actuales mucho más restringidos que los nuestros, y, desde luego, sin poner a prueba sus teorías mediante experimentos científicos. Esa capacidad para razonar se revela con claridad también en los casos en que maneja creencias e ideas diferentes de las nuestras, especialmente las referentes a la brujería y a la magia, sistema de ideas que nuestra civilización abandonó hace unos 150 años. Muchos europeos, especialmente campesinos, las conservan todavía. El hecho de que dichas creencias subsistiesen hasta época tan reciente en regiones civilizadas como Europa y América muestra que no son innatas de los africanos, sino que son parte de su cultura, como lo fueron de la nuestra. Quien siga la exposición que hace Evans-Pritchard del aspecto intelectual de la magia y la brujería azande quedará fascinado por su habilidad lógica. Al comienzo de su libro, Evans-Pritchard recalca que ha excluido su conocimiento tecnológico, del que acabo de dar ejemplos relativos a los lozi.

Lo fundamental es que el africano ha nacido en una sociedad que cree en la brujería y, por esa razón, la estructura misma de su pensamiento, desde la infancia, se compone de ideas mágicas y místicas. Más importante todavía, dado que la magia y la brujería son cosas vividas, mucho más que razonadas, es el hecho de que sus acciones

cotidianas se vean condicionadas por dichas creencias, hasta el punto de que, a cada paso, tiene que enfrentarse a la amenaza de la brujería y al combate con la adivinación y la magia. El peso de la tradición, las acciones y el comportamiento de sus mayores, el respaldo que los jefes dan al sistema, todas esas cosas inculcan al africano la validez del sistema y, puesto que no puede comprobarla por comparación con otro sistema, se ve atrapado continuamente en la red así creada. Evans-Pritchard subraya también que el africano no realiza sus ocupaciones en constante terror de la brujería ni su actitud hacia ella se caracteriza por un pavor hacia lo sobrenatural; cuando descubre que se está ejerciendo contra él, se irrita con el brujo porque le está jugando una mala pasada.

Estos detalles surgen de un breve análisis de las características esenciales del sistema de creencias y de comportamiento brujería-adivinación-magia. Los azande, como muchas otras tribus de África central, creen que la brujería es una condición física de los intestinos (en el caso de un cadáver, probablemente se trate de un estado transitorio de la digestión), que permite al alma del brujo salir de noche y dañar a sus compatriotas. También existe la hechicería (la creencia en la cual es más corriente en el sur de África), que es el uso de sustancias mágicas con fines antisociales. Un hombre puede llevar la brujería dentro de su cuerpo y, sin embargo, no usarla; su brujería puede ser inofensiva. Los africanos no se interesan por la brujería como tal, sino en el brujo particular que está embrujándolos en un momento determinado. No es que se imaginen que los están embrujando y que, por esa razón, van a sufrir una desgracia, como, por ejemplo, la de caer enfermos y morir. Lo que ocurre es que sufren una desgracia y, después de que ésta se haya producido, culpan de ella a un brujo; y si se trata de una desgracia duradera, descubren al brujo y le obligan a retirar su influencia nociva o le hacen frente con la magia. Así, pues, Evans-Pritchard dice que ningún azande moriría de terror a causa de la brujería, afirmación que confirman otros observadores expertos.

El problema que el africano soluciona con su creencia en la brujería es el siguiente; ¿por qué me ha sucedido la desgracia? Sabe que existen enfermedades que quitan la salud a las personas; sabe que los hipopótamos vuelcan las piraguas y ahogan a las personas. Pero se pregunta; “¿por qué he de ser yo quien esté enfermo y no otro?”. En efecto, el hombre cuyo hijo se ha ahogado, cuando un hipopótamo ha volcado su piragua, dice: “Mi hijo viajaba con frecuencia en piragua por el río, en el cual siempre hay hipopótamos, ¿por qué en esta ocasión ha tenido el hipopótamo que atacarlo y ahogarlo?”. Su respuesta es ésta; “porque nos habían embrujado”. Sabe perfectamente que su hijo estaba cruzando el río para visitar a la familia de su madre, y que el hipopótamo, irritable porque tenía una cría, estaba emigrando río arriba, cuando se encontró con la piragua. Nosotros decimos que fue la providencia, o la mala suerte, la que provocó el encuentro del hipopótamo y el muchacho, con lo que éste murió, como decimos cuando un coche atropella a un hombre que estaba cruzando la calle para ir de una tienda a otra; cuando el africano dice que ha sido la brujería la que ha causado esas muertes, da una explicación para una coincidencia que la ciencia deja sin explicar, salvo como la intersección de dos series de fenómenos. El africano sabe perfectamente que su hijo murió porque sus pulmones se llenaron de agua, pero sostiene que fue un brujo, o un hechicero mediante sus ensalmos, quien provocó el encuentro de las trayectorias de la piragua y de la enfurecida

hipopótamo madre para matar al muchacho. Los azande lo explican mediante una comparación con la caza. El primer hombre que acierta a un antílope comparte su carne con el hombre que le clava la segunda lanza. “De ahí que, si un elefante ha matado a un hombre, los azande digan que el elefante es la primera lanza (con existencia propia) y la brujería la segunda y que las dos juntas han matado al hombre. Si un hombre lancea a otro en la guerra, el asesino es la primera lanza y la brujería la segunda lanza, y las dos juntas lo han matado.”

Así, que la brujería explica por qué, pero no cómo, le suceden a uno las desgracias. Un sociólogo de la Unión Sudafricana da un ejemplo aclaratorio. El hijo de un maestro africano, hombre culto, murió de un tifus causado por un piojo contaminado, y el maestro dijo que un brujo mató al niño. El sociólogo objetó que la causa del tifus era un piojo contagiado. El maestro replicó: ya sé que fue un piojo procedente de una persona enferma de tifus lo que comunicó el tifus a mi hijo, y que éste murió de dicha enfermedad, pero, ¿por qué fue el piojo a posarse en mi hijo y no en los otros niños con los que estaba jugando?ⁱⁱⁱ Los científicos pueden explicar por qué ciertas personas desdichadas atraen a los piojos más que otras, pero, en gran medida, es el azar el que coloca a un niño, y no a otro, en la trayectoria de un piojo contagiado: nosotros decimos que es la providencia, la mala suerte, el azar; los africanos dicen que es la brujería.

Así, pues, en cuanto sufren una desgracia, los africanos piensan que un brujo ha estado actuando contra ellos. Pero eso no significa que el africano no reconozca la falta de habilidad y los deslices morales. Si un alfarero inexperto dijese que sus ollas se han roto al cocerlas porque estaba embrujado, no convencería a sus compañeros, en caso de que hubiera dejado guijarros en la arcilla; pero sí que creerían la misma afirmación hecha por el alfarero experto que hubiera cumplido todas las reglas de su oficio. Para un delincuente, no sería una defensa convincente decir que infringió la ley porque alguien lo embrujó para que así hiciese, pues no se cree que la brujería obligue a un hombre a mentir, robar, traicionar a su jefe o cometer adulterio.

Así es como opera la brujería como teoría de las causas. Pero el africano va más lejos. La brujería no daña a las personas al azar, ya que el brujo desea perjudicar a personas que odia, con las que ha reñido, o de las que siente envidia. De forma que, cuando un hombre cae enfermo, o sus cultivos no producen (pues en terrenos buenos los cultivos deberían producir), dice que alguien que le tenía envidia por sus numerosos hijos, o por el favor de su jefe, o por el buen empleo que tiene con los europeos y sus trajes elegantes, lo odiaba por esa razón, y ha usado ensalmos o poder maligno para hacerle daño. Así, pues, la brujería es una teoría moral, pues los brujos son personas malas, envidiosas, maliciosas, que odian. Un brujo rio ataca porque sí a sus semejantes; ataca a aquellos a quienes tiene razones para odiar. Existe una clara distinción entre, por un lado, el hombre que tiene poderes de brujería y no los usa contra sus semejantes y el hombre que desea hacer daño a otros, pero carece de dichos poderes o no puede conseguir los ensalmos malignos, y, por otro, el brujo propiamente dicho, el hombre que está dotado por el poder para embrujar y lo usa. Como a los africanos solamente les interesa saber si sus convecinos son brujos cuando sufren desgracias, indagan entre sus enemigos para descubrir a los que puedan tener dicho poder. Piensan en alguien con

quien hayan reñido y lo consideran sospechoso de hacer el mal. Por tanto, vemos que la brujería como teoría de las causas de las desgracias está vinculada con las relaciones personales entre la víctima y sus convecinos, y con una teoría de los juicios morales sobre lo bueno y lo malo.

Cuando un hombre sufre una desgracia que no puede remediar, como la rotura de sus ollas al cocerlas, puede simplemente aceptarla como brujería, de igual forma que nosotros decimos: “Mala suerte”. Pero, cuando la brujería le provoca una enfermedad y puede causarle la muerte, cuando afecta a su cosecha mediante una plaga, o cuando, mediante la adivinación, descubre que lo amenaza en el futuro, no se resigna a soportarla de forma indefensa. Tiene que suprimir sus efectos dañinos. Cosa que hace usando ensalmos contra ellos, que eliminarán la brujería y posiblemente matarán al brujo, o recurriendo a un adivino para descubrir quién es el brujo, y poder así neutralizarlo o convencerlo para que haga cesar la brujería. El adivino no busca al brujo al azar. La mayoría de los métodos de adivinación admiten una de dos respuestas posibles, “sí” o “no”, con respecto a una pregunta formulada. Por ejemplo, los azande administran un “veneno” (naturalmente, no saben que se trata de un veneno) con propiedades de la estricnina a aves cuya muerte o supervivencia constituyen el “sí” o “no”, respectivamente, a una pregunta formulada de este modo: ¿es A el brujo que me está perjudicando? Así, un hombre que esté intentando descubrir cuál de las personas que le quieren mal es el brujo, puede obtener finalmente la respuesta “sí” referida a una de ellas. Este oráculo en concreto queda fuera del control humano: otros, entre ellos los exorcistas, son menos dignos de confianza para los azande por estar expuestos a las intrigas humanas. Pero, incluso el exorcista azande, aunque se base en las habladurías locales, pocas veces hace trampa deliberadamente. Puede buscar, o puede que su cliente le haya pedido que busque, el brujo entre, por ejemplo, cuatro hombres: éstos son los nombres de los enemigos del cliente, y, aunque el exorcista puede escoger entre ellos, u otros que sepa quieren mal a su cliente, mediante la selección inconsciente, llega un momento en que por sensación corporal sabe que los ensalmos, que le confieren su poder adivinador, dicen: A es el brujo, y no B. O bien el adivino señalará a alguien en general, sin especificar el nombre —por ejemplo, “una de tus esposas”, “una mujer vieja”— y el cliente escogerá una persona determinada, de entre sus vecinos, que responda a esas características, que, en su opinión, tenga razones para desearle mala suerte. Por tanto, las acusaciones de brujería reflejan las relaciones y pependencias personales. Con frecuencia un hombre acusa, no a alguien que lo odie, o que esté envidioso de él, sino a alguien a quien odie o de quien sienta envidia. El africano sabe esto, y puede recalcarlo, cuando no esté implicado en el pleito o cuando se vea acusado; pero lo olvida, cuando está haciendo la acusación. En Zulúlandia un hombre acusó a su hermano de haberlo embrujado porque sentía envidia de él. Un adivino viejo, conocedor de la proyección psicológica, me dijo: “Desde luego, es evidente que el demandante es quien odia a su hermano, a pesar de que piense que es el hermano quien lo odia a él”. Pero aquel adivino creía firmemente en su propia capacidad para detectar la brujería.

Evans-Pritchard insiste en que, por esa razón, los azande no pueden exponer las bases intelectuales de su teoría; ése es el resultado de su observación de centenares de

situaciones en las que intervenían acusaciones de brujería, discusiones sobre ella, etcétera.

Mientras estaba haciendo su trabajo de campo, Evans-Pritchard escribió este pasaje para resumir las ideas y opiniones de los azande: “Todos los próximos allegados a un príncipe o a un europeo se convierten en objetos de la envidia, de la mala voluntad, y de toda clase de malevolencias. Los príncipes no se aman mutuamente. Temen los ensalmos y la invasión de sus dominios por parte de sus hermanos. Los cortesanos compiten entre sí para obtener el favor de su príncipe y sienten envidia unos de otros. Los jóvenes temen y envidian a los viejos. Los viejos temen y envidian a los jóvenes. Cada hombre tiene sus enemigos, aquéllos contra los que siente antiguos rencores. Está convencido de que alguien lo está perjudicando. Dentro de las casas hay disgustos frecuentes, aunque pueden quedar ocultos: celos entre las esposas, entre los hermanos, entre las hermanas. En la propia familia, muchas veces la esposa odia y engaña a su marido, y el marido siente unos celos inacabables de la esposa y la amedrenta. Los hijos odian y a veces temen al padre. La cosecha de un hombre es próspera, sus redes están llenas de caza, sus termitas pululan, y está convencido de que se ha convertido en el blanco de las envidias de sus vecinos y de que lo embrujarán. Sus cosechas fallan, sus redes están vacías, sus termitas no pululan, y mediante esos signos sabe que su vecino envidioso lo ha embrujado. ¡Cuánto agradan a un azande las desgracias de los demás! Nada es tan agradable, para él, nada le da tanta seguridad, nada adula tanto su amor propio, como la ruina de otro. La pérdida del favor de su príncipe abate a un hombre, y sus amigos se muestran solícitos a la hora de consolarlo, pero no de compadecerlo. Con una susceptibilidad casi morbosa, consideran cualquier observación, cualquier alusión de los otros en la conversación como un ataque velado contra ellos, como un dardo de malicia disimulada. Y, si efectivamente la brujería acompaña a escondidas a la mala voluntad, al insulto, al chismorreio, a la envidia, a los celos, en ese caso tienen perfectas razones para temer a sus vecinos y para indignarse por su hostilidad, pues la desgracia los perseguirá con toda seguridad”.

En esa situación, como las relaciones y los rencores personales determinan quién será el acusado de embrujar a un hombre, vemos que en diferentes sociedades tipos diferentes de personas se lanzan mutuamente la acusación de brujería. Como la brujería es hereditaria, los príncipes azande, que están todos emparentados, no se lanzan mutuamente la acusación de brujería, como tampoco otros parientes, si bien un acusador de su hermano podría evitar que la mácula recayera sobre él mismo diciendo que su hermano es un bastardo. En todas las sociedades africanas los cortesanos sospechan unos de otros, y los celos de las familias poliginias estallan de esa forma. Mientras que los azande no acusan a sus parientes, los lozi prácticamente sí lo hacen, por razones que he explicado en mi libro *Economy of the Central Barotse Plain*, Entre los bantúes del sudeste, por razones determinables, con frecuencia la acusada es la nuera. Si un sociólogo puede descubrir sobre qué personas recaen las acusaciones de brujería en una sociedad determinada, casi podrá reconstruir las relaciones sociales de dicha sociedad.

La teoría de la brujería resulta ser racional y lógica, aunque no sea cierta. Como explica la intersección de dos series de acontecimientos mediante la enemistad entre personas dotadas con poder maligno, opera en campos que nuestra ciencia moderna deja

sin explicar. Así, el africano no puede ver que el sistema es falso y, además, tiene que razonar en función del sistema, como nosotros en función de nuestras creencias científicas. En todos los casos en que el sistema podría entrar en conflicto con la realidad sus creencias son vagas y tratan de hechos trascendentes imposibles de observar: el brujo opera de noche con su espíritu, el espíritu del oráculo del veneno (que no está personificado, pero tiene conciencia) descubre la brujería. La teoría es una totalidad, en que cada parte sostiene a las demás. La enfermedad es una prueba de que un brujo está actuando; se lo descubre mediante la adivinación y se lo convence para que suprima su brujería. Aunque él mismo puede sentir que no es el brujo en cuestión, por lo menos mostrará que no tiene intención de perjudicar al enfermo. O bien se le ataca con la magia. Al africano le resulta difícil encontrar un defecto en el sistema. El escepticismo existe, y no se lo reprime socialmente; Evans-Pritchard escribe que la “ausencia de una doctrina formal y coercitiva permite a los azande afirmar que muchos, la mayoría incluso, de los exorcistas son impostores. Al no presentarse oposición alguna contra esas afirmaciones, dejan intacta la creencia principal en los poderes proféticos y terapéuticos de los exorcistas. En realidad, el escepticismo va incluido en la forma de la creencia en los exorcistas. La fe y el escepticismo son igualmente tradicionales. El escepticismo explica los fallos de los exorcistas y, al ir dirigido contra exorcistas particulares, contribuye a mantener la fe en los demás”. Incluso el exorcista que opera mediante prestidigitación cree que hay otros que no necesitan utilizar esta última porque disponen del poder mágico. “En esa red de creencias cada hilo depende de los demás, y un azande no puede salir de sus mallas, porque ése es el único mundo que conoce. La red no es una estructura exterior que lo rodee. Es la textura de su pensamiento y no puede pensar que su pensamiento sea falso, A pesar de ello, sus creencias no están establecidas de forma absoluta, sino que son variables y fluctuantes para permitir la existencia de situaciones diferentes y hacer posible la observación empírica e incluso las dudas”. Dentro de dicha red, el africano puede razonar de forma tan lógica como nosotros dentro de la red del pensamiento científico. Si hemos protegido con pararrayos nuestra casa y, a pesar de todo, un rayo cae en ella, diremos que el obrero no hizo bien la instalación, que los cables eran de mala calidad o que se han roto. Si el africano ha mandado proteger su aldea con ensalmos contra las tormentas y un rayo cae en ella, dirá que el mago no era bueno, que sus ensalmos eran de mala calidad o que se ha transgredido un tabú. Ese método de razonamiento, dentro de un sistema, quedó admirablemente ejemplificado en un libro que publicaron los nazis. Consistía en una colección de caricaturas contra Hitler procedentes de los periódicos de todo el mundo, muchas de ellas obra de David Low. Dichas caricaturas no mostraron al pueblo alemán lo que el mundo decente pensaba de Hitler, pues le demostraron que si los otros gobiernos permitían semejantes ataques contra el dios Hitler, esos otros países habían de ser viles y hostiles a Alemania, como afirmaba Hitler. De forma que, en su sistema, la mentalidad del africano opera igual que la del europeo.

En mi artículo sobre *The Difficulties, Limitations and Achievements of Social Anthropology* he dado más ejemplos para mostrar que el análisis que hizo Evans-Pritchard de la brujería ilustra el funcionamiento de la mente humana en otras esferas.

Por ejemplo, hace la siguiente comparación. Los azande, como hemos visto, excluyen la brujería como causa de deslices morales. “De igual forma que en nuestra sociedad una teoría científica de la causalidad resulta, ya que no excluida, por lo menos improcedente para cuestiones de responsabilidad moral o legal, así también en la sociedad azande la doctrina de la brujería resulta, ya que no excluida, por lo menos improcedente en las mismas situaciones. Aceptamos las explicaciones científicas de las causas de las enfermedades, e incluso de las causas de la demencia, pero las rechazamos con respecto al delito y al pecado porque en esos casos se Aponen a la ley y a la moral que son axiomáticas. El azande acepta una explicación mística de las causas de la desgracia, de la enfermedad y de la muerte, pero no admite dicha explicación, si entra en conflicto con exigencias sociales expresadas en la ley y en la moral”.

Voy a insistir en un último detalle, en respuesta a la frecuente afirmación de que las acusaciones de brujería se basan en el engaño. Evans-Pritchard insiste en que el paciente, que desea anular la brujería que le está perjudicando, es quien menos desea engañar: ¿de qué le serviría acusar de brujo a la persona que no lo sea? Pero, lo que sí hace es acusar a sus enemigos personales.

Cuando el africano, partícipe de dichas creencias, trata con europeos, existen muchas formas en que aquéllas afectan a su comportamiento, con lo cual nos parece incomprendible. Por ejemplo, pregunta: ¿es verdad que los doctores blancos son muy buenos a la hora de tratar la enfermedad, pero que, si bien curan ésta, no tratan la brujería que la causa, y, así, esta última sigue haciendo daño? Evans-Pritchard muestra que los oráculos del azande son “su guía y consejero”, al que consulta con respecto a cualquier proyecto. El propio Evans-Pritchard vivió así, y descubrió que era una forma tan buena como cualquiera otra de organizar sus asuntos. Pero, a causa de ello, muchas veces los europeos no pueden entender el comportamiento de los azande: por qué ha de marcharse un azande de su casa repentinamente para refugiarse en el bosque (a causa de la brujería), por qué ha de mudarse de casa una familia de repente (porque la brujería la está amenazando en ese lugar), etcétera. Con frecuencia sus huéspedes, se marchaban sin decirle adiós, y se enfadaba, hasta que comprendió que los oráculos les habían dicho que la brujería los amenazaba. “Descubrí que cuando un azande se comportaba para conmigo en forma que nosotros llamaríamos ruda e indigna de confianza, muchas veces sus acciones debían explicarse en función de la obediencia a sus oráculos. Normalmente, los azande me han parecido corteses y dignos de confianza de acuerdo con los criterios ingleses, pero a veces su conducta es incomprendible, hasta que no se tenga en cuenta sus conceptos místicos. Muchas veces los azande son retorcidos en sus tratos mutuos, pero no consideran censurable a un hombre que sea reservado o que actúe en sentido contrario a sus intenciones declaradas. Al contrario, elogian su prudencia por tener en cuenta la brujería en cada iniciativa que toma. El caso de los europeos es diferente. Lo único que nosotros sabemos es que un azande ha dicho que haría determinada cosa y no la ha hecho, o ha hecho algo diferente, y naturalmente lo censuramos por haber mentido y haber sido indigno de nuestra confianza, pues los europeos no comprenden que los azande tienen que tener en cuenta las fuerzas místicas, que los europeos no conocen,” Evans-Pritchard dio una fiesta a la que un príncipe prometió acudir; mandó

decir que no iría. De repente, se presentó. Quedó en pasar la noche allí, y por la noche desapareció. Le habían dicho que la brujería lo amenazaba, y fue un cumplido enorme el hecho de que asistiese a la fiesta; sus acciones contradictorias estaban destinadas a engañar a los brujos, Yo mismo tuve un informador competente que respondió una y otra vez a mis invitaciones en el sentido de que acudiría, pero no lo hizo hasta que me cambié de casa. Le habían amenazado con brujería en el primer lugar, no en el segundo. Pues las ideas de lugar y de tiempo en la brujería difieren de las nuestras; la brujería puede amenazar a un hombre de ahora en adelante, con lo cual el presente abarca el futuro, y hay que eludirla al no adoptar una línea de conducta prevista, como, por ejemplo, continuar un viaje, o bien un hombre puede decidir edificar su casa en determinado lugar, mediante el procedimiento de eliminar otros lugares en los que la brujería lo amenazaría, aunque todavía no haya edificado en ellos.

Existe otra forma cómo el comportamiento en función de la brujería puede afectar a los africanos, cuando tratamos con ellos. Bajo la influencia de esas creencias, a veces se consideraba que las personas afortunadas obtenían buenas cosechas, mientras que las de sus vecinos eran pobres; que tenían familias numerosas y sanas, cuando a su alrededor predominaba la enfermedad; cuyos rebaños y pesca prosperaban extraordinariamente, progresaban a costa de sus convecinos gracias a la magia y a la brujería. En una cita reproducida más arriba, hemos visto que se consideraban expuestos al ataque de los brujos. El azande “sabe que, si se hace rico, el pobre lo odiará; que, si mejora de posición social, sus inferiores estarán envidiosos de su autoridad; que, si es hermoso, los menos favorecidos envidiarán su buena apariencia; que, si tiene talento para la caza, para el canto, para la lucha o para la retórica, se granjeará la mala voluntad de los menos dotados; y que, si goza de la consideración de su príncipe y de sus vecinos, lo detestarán por su prestigio y popularidad”. Ésos son los motivos que conducen a la brujería. Ese tipo de creencias eran posibles sólo en una sociedad en la que no había dónde vender los productos excedentes, ni incentivos para el beneficio, ni mercancías almacenables, ni lujo; de forma que ningún miembro experimentaba apremio urgente para producir más de lo que precisaba para sus necesidades. Los africanos, procedentes de una sociedad con esas creencias, han entrado en nuestro sistema económico, en el que se espera de ellos que trabajen firme y continuamente para superar a sus semejantes, y quizás dichas creencias les supongan un obstáculo para esa lucha y afecten a su eficacia. Es posible que el miedo a la brujería impida a los africanos desarrollar la habilidad y capacidad que tengan, en su trabajo para los europeos, si bien dicho miedo sería insignificante en comparación con otros factores que obstaculizan su desarrollo, como las enfermedades y las barreras sociales.

He expuesto parte de la argumentación del libro de Evans-Pritchard para delinear la estructura principal del pensamiento de la magia y de la brujería. Confío en haber mostrado la destreza con que aparece trazada la argumentación. En esta breve reseña no puedo hacer otra cosa que indicar su ilimitada riqueza, que hace que su lectura y relectura sean absolutamente fascinantes. Todas las personas interesadas en los problemas humanos deberían poseer este libro. Pero he de aconsejar al profano que sea prudente a la hora de

aplicar sus conclusiones a nuestras propias tribus sudafricanas. El argumento central es aplicable sin excepción, pero existen ciertas diferencias importantes. Entre los azande la brujería no era un delito, sino simplemente una falta, por la que había que pagar indemnización sólo en caso de muerte. En nuestras tribus sudafricanas la brujería es un delito, y el estado castiga a los brujos con la muerte. Además, en África del Sur se creía que operaba, no tanto la brujería (que perjudica mediante el poder maligno intrínseco unido a la mala voluntad), cuanto la hechicería (el uso deliberado de la magia negra). Eso produce cambios importantes en el sistema en conjunto, que se pueden encontrar, por ejemplo, en la obra de Hunter, *Reaction to Conquest*.

Al citar a Evans-Pritchard para mostrar cómo afectan las creencias en la brujería al comportamiento y al pensamiento de los africanos, he subrayado que con frecuencia sus mentes operan con los mismos modelos lógicos que los nuestros, si bien los materiales que utilizan son diferentes, con lo que resulta claro que, si recibieran la misma educación y disfrutaran de la misma experiencia cultural que nosotros, utilizarían los mismos materiales y pensarían como nosotros. Pero no son sólo las creencias en la brujería las que diferencian las ideas de los africanos de las nuestras. Su forma de vida en conjunto es diferente de la nuestra; se la considera inferior e indudablemente son tremendamente pobres. En una conferencia pronunciada ante un auditorio universitario, un jefe “bechuana” dijo que la llegada de la civilización occidental a su pueblo había colocado una cama cuadrada en una cabaña circular. En los casos en que el africano se comporta de forma diferente a la nuestra, hemos de recordar que viene de una cabaña circular, generalmente sin cama cuadrada, a nuestras casas, tan ricas, por comparación, en mobiliario; que pasa de un utillaje sencillo, consistente en un hacha y una azada, a nuestra complicada maquinaria. En su cabaña, de poca altura, más terrenal que la tierra, llena de moscas y sin grifos o lavabos, con una cesta de harina y un poco de pescado seco en su interior, no puede tener las mismas normas de eficacia y de limpieza que nosotros. Aun cuando, por ejemplo, asimile la relación que existe entre la enfermedad y la suciedad y los mosquitos, no puede evitar estos últimos. Por tanto, cuando trabaja para los europeos, y cuando no está en el trabajo, está viviendo en dos códigos de normas diferentes, no con una mente diferente. Éstas son las razones de peso para explicar sus extravagancias, no su conocimiento por adelantado de las fuerzas místicas del futuro; y los cambios de su forma de vida, así como la intervención de las fuerzas económicas de nuestro sistema enormemente productivo, están contribuyendo a la descomposición de su sistema de pensamiento. Además, Mónica Wilson ha señalado que las animosidades personales, que son la base de las acusaciones de brujería, solamente pueden existir en una sociedad primitiva y en pequeña escala, en la que las relaciones son muy profundas, y no en el sistema del mundo moderno en que las vidas de los hombres se ven influidas por organizaciones impersonales y en gran escala. Así, pues, las nuevas fuerzas van a descomponer el sistema místico y cerrado de África.

Envidio a quien aborde la riqueza del libro de Pritchard por primera vez; para escribir este artículo, he tenido ocasión de volver a disfrutar con su relectura.

<http://www.ciesas.edu.mx/Clasicos/Publicaciones/Index.html>

ⁱ Véase Haddon, Huxley and Carr-Saunders, *We Europeans* (publicado también en la colección «Pelican») y J. B. S. Haldane, *Heredity and Politics*.

ⁱⁱ Una descripción completa de este debate apareció en *The South African Journal of Economics*, septiembre de 1943, y un resumen de él en *Colonial Review*, marzo de 1944.

ⁱⁱⁱ Me lo contó la doctora Mónica Wilson (cuyo apellido de soltera era Hunter). Cito de memoria el razonamiento implícito del maestro, no sus palabras exactas.